

Leslie caminaba bajo las palmeras. Pisó una cagada de perro. Eran las diez y cuarto en Hollywood Este. Aquel día el mercado había subido 22 puntos y los especialistas no eran capaces de explicar por qué. A los especialistas se les daba mucho mejor explicar las bajas del mercado. Los desastres lo hacían felices. Hacía frío en Hollywood Este. Leslie se abrochó el botón del cuello del abrigo y tiritó. Encogió los hombros para defenderse del frío.

Se aproximaba un hombrecillo de sombrero gris de fieltro. El hombrecillo tenía la cara tan opaca como la corteza de una sandía, sin expresión. Leslie sacó un cigarrillo y se plantó en el camino. No medía más de uno sesenta y cinco y debía de pesar treinta y cinco kilos. Tendría unos cuarenta y cinco años.

—¿Me da fuego? —le preguntó.

—Oh, sí...

El hombrecillo comenzó a buscar su encendedor y Leslie le asestó un rodillazo en la entrepierna. El hombrecillo soltó un gruñido, se dobló y Leslie lo golpeó detrás de la oreja. Cuando cayó, Leslie se arrodilló, le dio la vuelta, sacó su navaja y lo degolló a la luz de la luna de aquella noche fría de Hollywood Este.

Todo le parecía muy extraño. Era como un sueño medio recordado. Leslie no estaba seguro de si aquello había sucedido en la realidad. Al principio, la sangre daba la sensación de no decidirse a salir, pero la herida era profunda y la sangre brotó. Leslie se apartó con asco. Se incorporó, se alejó. Luego volvió, buscó en el bolsillo de aquel hombre, encontró una caja de cerillas, encendió el cigarrillo y se alejó calle abajo, hacia su apartamento. Leslie nunca tenía cerillas. Era uno de esos hombres sin bolígrafos ni cajas de cerillas en los bolsillos...

Ya en el apartamento, se sentó a beberse un whisky con agua. En la radio daban una cosa de Copeland. Aunque Copeland no fuese gran cosa, siempre era mejor que Sinatra. Había que aceptar lo que te dieran y aprovecharlo al máximo. Eso es lo que decía siempre su padre. Su jodido viejo. A la mierda viejo. A la mierda todos los Niños de Jesús. A la mierda Billy Graham. A tomar todo el mundo por culo.

Llamaron a la puerta. Era Sonny. Un muchacho rubio que vivía al otro lado del patio. Sonny era mitad hombre y mitad pinga y estaba hecho un lío. La mayoría de los tipos que la tenían de buen tamaño tenían problemas después de echar un polvo. Pero Sonny era más agradable que la mayoría. Era afable, educado y no carecía de

inteligencia. A veces hasta era ingenioso.

—Oye, Leslie, quiero hablar contigo unos minutos.

—Vale. Pero, escucha, estoy cansado. Pasé todo el día en el hipódromo.

—Te ha ido mal, ¿eh?

—Cuando fui a sacar el coche del estacionamiento, me di cuenta de que un hijo de puta me había arrancado todo el parachoques. Cerdo.

—¿Y qué tal te fue con los caballos?

—Gané doscientos ochenta dólares. Pero estoy hecho polvo.

—Vale. No te pegaré la paliza.

—Perfecto. ¿De qué se trata? ¿De tu chica? ¿Por qué no la envías a tomar viento? Se sentirán mejor los dos.

—No, no se trata de mi chica. Solo se trata... mierda, no lo sé. Cosas que pasan, ¿comprendes? No consigo hacer nada. No puedo empezar nada. Estoy como bloqueado. Ni una oportunidad a la vista.

—Cojones, eso es lo normal. La vida es así. Pero solo tienes veintisiete años. Puede que aún tengas suerte y te enrolles con alguien.

—¿Qué hacías tú a mi edad?

—Estaba peor que tú. Andaba de noche, borracho, rondando por las calles a la espera de un milagro. No hubo suerte.

—¿Eso es lo único que se te ocurría?

—Bueno, lo más difícil es saber cuál tiene que ser tu primer movimiento.

—Sí. Todo parece tan inútil.

—Asesinamos al Hijo de Dios. ¿Crees que ese cabrón va a perdonarnos? ¡Puede que yo esté loco,

pero Él seguro que no!

—Te pasas el día ahí tirado, con tu albornoz roto, medio borracho, pero eres la

persona más cuerda que conozco.

—Vaya, eso me gusta. ¿Conoces a mucha gente?

Sonny se limitó a encogerse de hombros.

—Lo que necesito saber es: ¿hay una salida? ¿Alguna clase de salida?

—No, no hay salida, chico. Los psiquiatras aconsejan que nos dediquemos a jugar al ajedrez, al billar o a coleccionar sellos. Cualquier cosa menos pensar en las cuestiones importantes.

—El ajedrez es muy aburrido.

—Todo es aburrido. No hay salida. ¿Sabes lo que solían tatuarse en los brazos algunos vagabundos de los viejos tiempos?: «NACÍ PARA LA MUERTE.» Parece un poco burdo, pero es sabiduría elemental.

—¿Qué crees que llevan tatuado ahora en los brazos los vagabundos?

—No sé. Probablemente: «JESÚS ES NUESTRO REDENTOR.»

—No podemos librarnos de Dios, ¿verdad?

—Quizás Él no pueda librarse de nosotros.

—Bueno, sabes, siempre es un buen rollo hablar contigo. Después de hablar contigo siempre me siento mejor.

—Pues ya sabes, chico, cuando quieras.

Sonny se levantó, abrió la puerta, la cerró y se fue. Leslie se sirvió otro whisky. Los Rams de Los Angeles habían reforzado su línea defensiva. Una buena táctica. Todo en la vida evolucionaba hacia actitudes de DEFENSA. El telón de acero, la mente de acero, la vida de acero...

Leslie terminó el whisky, se quitó los pantalones y se rascó el culo, metiéndose los dedos bien dentro. La gente que se curaba las hemorroides era tonta. Cuando no había con quién tratar, lo mejor era estar solo. Se sirvió otro whisky. Sonó el teléfono.

—¿Sí?

Era Francine. A Francine le gustaba impresionarlo. A Francine le encantaba creer que lo impresionaba. Pero era más pesada que un elefante. Leslie pensaba muchas veces

en lo amable que era por su parte dejarla hablar y aburrirlo de ese modo. Un tipo normal le habría colgado el teléfono inmediatamente, le habría cortado el rollo como una guillotina.

¿Quién había escrito aquel excelente ensayo sobre la guillotina? ¿Camus? Sí, Camus. Camus también era un plomo. Pero el ensayo sobre la guillotina y El extranjero eran excepcionales.

—Hoy he comido en el Hotel Beverly Hills —dijo Francine—. Estuve sola en una mesa. Tomé ensalada y bebidas. Por allí estaba Dustin Hoffman con otros actores y actrices. Me puse a hablar con la gente de las otras mesas y todos me sonreían, y todas las mesas rebosaban de sonrisas y señales de asentimiento con sus cabecitas amarillas como narcisos. Yo seguía hablando y ellos sonriendo. Debían de pensar que estaba loca y que la única manera de librarse de mí era sonreír. Al final acabaron por ponerse nerviosos, ¿comprendes?

—Perfectamente.

—Pensé que te gustaría que te lo contara.

—Sí...

—¿Estás solo? ¿Quieres compañía?

—Esta noche estoy muy cansado, Francine.

Francine colgó al cabo de un rato. Leslie se desvistió, se rascó el culo otra vez y se fue al cuarto de baño. Se pasó el hilo dental entre los pocos dientes que le quedaban. Qué horror de colgajos. Pensó que debería arrancárselos a martillazos. La cantidad de peleas callejeras en que se había metido, y nadie le había hecho saltar los dientes delanteros. En fin, al final todo se resuelve por sí mismo y se caerían solos. Leslie puso un poco de pasta de dientes en el cepillo eléctrico e intentó matar el tiempo un poco. Después se sentó en la cama y pasó un rato con el último whisky y un cigarrillo. Algo que hacer mientras esperaba a ver qué cariz tomaban las cosas. Contempló la caja de cerillas que tenía en la mano y comprendió de pronto que era la que le había quitado al hombrecillo cara de sandía. La idea lo sobresaltó. ¿Había sucedido aquello realmente? Escudriñó la caja de cerillas. Leyó el anuncio impreso:

1000 ETIQUETAS PERSONALES CON SU

NOMBRE Y DIRECCIÓN POR SOLO 1 DÓLAR

Vaya, pensó, no parece que sea muy caro.